

la técnica de tal director se depure, aún siendo el mismo, nuestro trabajo resultará mejor, más acoplado.

—De donde resulta que, en opinión suya, nuestra dirección artística, Carmen...?

—Es regularcilla —nos interrumpe.— Naturalmente que a medida que el tiempo transcurre, va siendo mejor, y terminará por ser francamente buena. Ocurre con ésto lo que con el maquillaje. En un principio nadie hizo caso de él, hasta que la práctica nos ha demostrado que hoy por hoy es imprescindible.

—Entonces, esos son los inconvenientes de nuestra producción cinematográfica?—inquirimos.

Se queda mirándonos sonriente, vacilante antes de contestarnos. Luego:

—Esos... y otro, mayor aún, que no se lo digo a V.

Cómicamente indignados miramos a nuestra bella interlocutora.

—¡Caray!—decimos.—No sé por qué no ha de decirme lo que usted, so antipática.—¡Fíjese en que le he dicho antipática!—está en la obligación de decirme, exactamente, todo lo que sepa.

Suelta a reír estrepitosamente la simpatísimísima Carmencita y nos dice:

—Paso por lo de antipática. Bueno... Pero eso de que yo le diga a V. *todo* lo que sepa. ¡Vamos, que no!—termina chulescamente. Y como vió nuestra sonrisa por el tono con que pronunció las últimas palabras, agrega fingiendo y recalcando el acento madrileño:—¡Soy de los madrilitos y me bauticé en San Cayetano! ¡A ver qué pasa!

—Pasár... algo y muy grande, como se empeñe en no decirnos lo que le he preguntado. ¡Aunque sea en plan amistad, no como periodista!—insinuamos.

—Eso ya es otra cosa. Si V. me promete...

—¡Ni una palabra...!

Se queda mirándonos fijamente, sonrientes sus labios y sus ojos negrísimos, y nos dice:

—¡Que ustedes los periodistas, son muy malas personas...! ¡Que todo lo charlan ustedes...!

—¡Protesto!—exclamamos. Nosotros no somos malos, ni charlamos nada... Lo más que hacemos es escribirlo... Lo cual no quita para que V. me diga, ce por ce, qué inconveniente es ese.

—Allá vá. En España, señor periodista, —¡pero no diga V. nada...!

—De verdad, guapa: ni sílaba.

—¡En serio...! Pues sí que tiene V. cara de serlo, hombre. En fin, mire V.: aquí nunca se tomó el trabajo con formalidad. Se trabajaba por diversión, por entretenimiento. Si un día íbamos a rodar unas escenas a Santander, por ejemplo, salvo raras y honrosas excepciones, se decía: «¡Vamos de veraneo...» Y así no se puede hacer nada.